

El acto de fe en Benedicto XVI¹

Quisiera empezar con un texto de Ernst Bloch, judío no creyente, pero asiduo lector de la Biblia y que dice así:

*Un sistema de referencia de la **importancia humana** no ha desplazado en absoluto a nuestro planeta del “centro”. Con otras palabras: después de que la relatividad del movimiento está fuera de toda duda, un sistema de referencia humano y veterocristiano no tiene, en verdad, el derecho de inmiscuirse en los cálculos astronómicos y sus simplificaciones heliocéntricas, pero sí tiene, en cambio, el derecho metódico a afirmarnos en esta tierra para **las conexiones de la importancia humana** y ordenar el mundo en torno a lo que acontece o puede acontecer en la tierra (...) El orden bíblico se ofrece como libre de relatividad, porque no se ocupa de problemas mecánicos del movimiento, sino de **problemas de jerarquía**(...) En el sentido de “significación central” la tierra es aquí, por eso, el centro en cuyo torno gira el mundo².*

Contexto moderno-contemporáneo

“En 1968 surge una nueva generación que no sólo considera escasa, repleta de injusticia, de egoísmo y de codicia la tarea de reconstrucción que siguió a la guerra, sino que juzga errado y fracasado todo el decurso histórico desde el triunfo del cristianismo. (...) En 1989 se derrumban en Europa los regímenes socialistas, dejando la triste herencia de una tierra asolada y de un alma deshecha”³. Ante estos desafíos, el cristianismo no logró constituirse como una clara alternativa a lo existente. “¿Acaso el cristianismo, en una situación de desconcierto como ésta, no ha de intentar con toda la seriedad posible recuperar su voz para “introducir” al nuevo milenio en su mensaje, para que la gente vea en él un indicador común hacia el futuro?”⁴.

En esta misma época y frente a un mundo que empezaba a cambiar drásticamente, el Concilio Vaticano II buscó una renovación profunda que le permitiera al cristianismo recuperar fuerza y protagonismo en la historia.

¹ Para quien desee conocer y profundizar el pensamiento de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, las siguientes obras pueden ser muy útiles: AIDAN NICHOLS OP, *The thought of Benedict XVI. An Introduction to the Theology of Joseph Ratzinger*, Burns & Oats, London, 2005²; VICENTE RAMOS CENTENO, *Pensando con Ratzinger. Reflexiones filosóficas a partir del “Jesus de Nazaret”*, BAC, Madrid, 2016; SANTIAGO MADRIGAL SJ, *Iglesia es Caritas. La eclesiología teológica de Joseph Ratzinger – Benedicto XVI*, Sal Terrae, Maliaño, 2016²; PABLO BLANCO SARTO, *La teología de Joseph Ratzinger. Una introducción*, Pelicano, Madrid, 2011²; TRACEY ROWLAND, *Benedicto XVI. Guía para perplejos*, Nuevo Inicio, Granada, 2011 y TRACEY ROWLAND, *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, Nuevo Inicio, Granada, 2009. Esta ponencia se va a basar, principalmente en la obra “Introducción al cristianismo” de Joseph Ratzinger.

² E. BLOCH, *Das Prinzip Hoffnung*, 920, en VICENTE RAMOS CENTENO, *Pensando con Ratzinger*, BAC, Madrid, 2016, 80-81.

³ JOSEPH RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2001¹³, 17.

⁴ *Ibíd.*, 18.

“¿Dónde estaba de verdad la voz de la fe cristiana en este tiempo? En 1967, cuando apareció el libro *“Introducción al cristianismo”*, seguían en plena efervescencia los impulsos del reciente postconcilio. El concilio Vaticano II quería justamente eso: dar de nuevo al cristianismo una fuerza capaz de configurar la historia. En el siglo XIX se había ido formando la opinión de que la religión pertenece al ámbito de lo subjetivo y de lo privado, y de que ahí debe tener su sitio. Pero, justamente por estar adscrita a lo subjetivo, no podía tener ningún poder determinante en el gran decurso de la historia ni en las decisiones que han de tomarse en ella”⁵.

Dios es inmensamente trascendente, incomprensible. Sin embargo, junto con esta “oscuridad” está también la “claridad de Dios”. “Desde el prólogo de Juan, el concepto *Logos* ocupa el punto clave de nuestra fe cristiana en Dios. *Logos* significa razón, inteligencia, pero también palabra –un sentido que es palabra, que es relación, que es creativo”⁶. En virtud de que Dios es el *Logos* que “nos garantiza la racionalidad del mundo, la racionalidad de nuestro ser, la adecuación de la razón a Dios y la adecuación de Dios a la razón, aun cuando su razón supere infinitamente a la nuestra y a menudo nos parezca oscuridad”⁷. La intención del libro era “ayudar a una nueva comprensión de la fe como la realidad que posibilita ser auténticos seres humanos en el mundo de hoy”.

Entre los principales deseos del Concilio Vaticano II estaba el deseo de una presentación más unitaria de la doctrina católica, con una particular referencia al misterio de Cristo que es su centro. La obra *Introducción al Cristianismo* de Joseph Ratzinger, es una respuesta a este deseo. Las reflexiones sobre el Credo del Prof. Ratzinger tuvieron su origen en una serie de conferencias que dio en Tubinga en el año 1967, dirigidas no a un grupo de estudiantes en particular, sino abierta a todos los que las quisieran escuchar. Algunas décadas más tarde, concretamente en el año 2000, el teólogo alemán justificaba, en el prólogo de la nueva edición, la necesidad de su escrito y el auxilio de la razón para hablar de Dios, pues sin hablar de Él la razón se vería disminuida. “Pues al principio parece que, donde se prescinde de Dios, todo sigue como antes. Las decisiones fundamentales y maduras, las formas básicas de la vida siguen ahí, aunque ya no tengan dónde fundarse. Pero en el momento en que, como muestra Nietzsche, llega de verdad al hombre la noticia de que Dios ha muerto y penetra en su corazón, entonces las cosas cambian radicalmente. Esto se puede ver hoy en lo que se hace con la vida, donde el hombre se convierte cada vez más en un objeto técnico y donde cada vez desaparece más como hombre”⁸. Este escenario debería hacernos pensar: ¿no es acaso Dios la auténtica realidad, la condición fundamental sin la cual no hay salvación posible? ¿No es la fe la apuesta más valiente y audaz en favor del fundamento que sostiene la vida? ¿La apuesta en favor de un humanismo pleno?

El cristianismo ha sido arrinconado, desde el siglo XIX. Urge salir de esta situación adaptándose a los nuevos tiempos. La Iglesia ha padecido una feroz marginación de parte de las nuevas corrientes de pensamiento; para salir de esta marginación, Ratzinger pensaba que

⁵ *Ibíd.*, 18.

⁶ *Ibíd.*, 29.

⁷ *Ibíd.*, 29.

⁸ *Ibíd.*, 22.

la Iglesia tenía que “insertarse de nuevo plenamente en el mundo”. Pero, para determinar el lugar del cristiano en el mundo, es preciso una catequesis que explique, en primer lugar, a los fieles, y, en segundo lugar, al resto del mundo, qué es ‘creer’, en qué consiste la profesión de fe cristiana. Estamos en un mundo en el que imperan, por un lado, la decepción y, por otro, el desconcierto. Hoy casi nadie cree en grandes promesas morales. Sólo se busca que haya justicia para todos, que en mundo haya paz, que desaparezca el dominio, el machismo y así sucesivamente. ¿Por dónde empezar?

Yo creo...

Duda y fe. Situación del hombre ante la cuestión de Dios

“Quien intente hoy día hablar de la fe cristiana a gente que ni por vocación ni por convicción conoce desde dentro la temática eclesial, advertirá bien pronto lo extraña y sorprendente que le resulta tal empresa. Es probable que enseguida tenga la sensación de que su situación está bastante bien reflejada en el conocido relato parábólico de Kierkegaard sobre el payaso y la aldea en llamas, que Harvey Cox resume brevemente en su libro *La ciudad secular*. En él se cuenta que en Dinamarca un circo fue presa de las llamas. Entonces, el director del circo mandó a un payaso, que ya estaba listo para actuar, a la aldea vecina para pedir auxilio, ya que había peligro de que las llamas llegasen hasta la aldea, arrasando a su paso los campos secos y toda la cosecha. El payaso corrió a la aldea y pidió a los vecinos que fueran lo más rápido posible hacia el circo que se estaba quemando para ayudar a apagar el fuego. Pero los vecinos creyeron que se trataba de un magnífico truco para que asistiesen los más posibles a la función; aplaudían y hasta lloraban de risa. Pero al payaso le daban más ganas de llorar que de reír; en vano trató de persuadirlos y de explicarles que no se trataba de un truco ni de una broma, que la cosa iba muy en serio y que el circo se estaba quemando de verdad. Cuanto más suplicaba, más se reía la gente, pues los aldeanos creían que estaba haciendo su papel de maravilla, hasta que por fin las llamas llegaron a la aldea. Y claro, la ayuda llegó demasiado tarde y tanto el circo como la aldea fueron pasto de las llamas”⁹.

Para que la fe sea bien recibida hoy, ¿sólo tiene que cambiar de ropaje, usar un lenguaje más actual? Ratzinger insiste en que no es suficiente, para el mensaje cristiano, cambiar de vestimenta para que sea tomado más en serio. Se trata de ir a la raíz del binomio fe-incredulidad¹⁰. Vivimos en un mundo en el que la falta de fe presiona fuertemente al creyente, así como la fe presiona al no creyente: el ‘Quizás es verdad’ refleja la duda creyente: ‘Quizás *no* es verdad’. “De la misma manera que el creyente se siente continuamente amenazado por la incredulidad, que es para él su más seria tentación, así también la fe será siempre tentación para el no-creyente y amenaza para su mundo al parecer cerrado de una vez para siempre. **En una palabra: nadie puede sustraerse al dilema del ser humano.** Quien

⁹ *Ibíd.*, 39. ¿No se siente igual que este payaso quien intenta, hoy, advertir a la humanidad de los serios peligros que corre?

¹⁰ “El que quiere predicar la fe y al mismo tiempo es suficientemente autocrítico, pronto se dará cuenta de que no es una forma o una crisis de vestidos la que amenaza a la teología. Al resultar el quehacer teológico algo tan insólito para los hombres de nuestro tiempo, quien tome la cosa en serio se dará cuenta no sólo de lo difícil que es traducir, sino también de lo vulnerable que es su propia fe que, al querer creer, experimentará y reconocerá en sí misma el inquietante poder de la incredulidad”, *Ibíd.*, 41.

quiera escapar de la incertidumbre de la fe caerá en la incertidumbre de la incredulidad, que jamás podrá afirmar de forma cierta y definitiva que la fe no sea la verdad. Sólo al rechazar la fe se da uno cuenta de que es irrechazable”¹¹. “Tanto el creyente como el no-creyente participan, cada uno a su modo, en la duda y en la fe, siempre y cuando no se oculten a sí mismos y a la verdad de su ser”¹².

¿qué es y qué significa hoy la profesión de fe cristiana “yo creo”, habida cuenta de las condiciones de nuestra existencia actual y, en general, de la relación actual con lo real?

Por eso, el proceso de transformación del Yo ritual en el Credo a uno personal, como reflejo de convicciones personales íntimas, nunca ha sido fácil. Y la razón principal de esto, según Ratzinger, tiene que ver con la misma naturaleza de Dios y, sobre todo, con su trascendencia en relación al mundo. Decir ‘creo’, “significa que en su ver, oír y comprender, el hombre no contempla la totalidad de lo que le concierne; significa que el hombre no identifica el espacio de su mundo con lo que él puede ver y comprender, sino que busca otra forma de acceso a la realidad, a la que llama fe y en la que se encuentra el punto de arranque decisivo de su concepción del mundo. Si esto es así, la palabra ‘credo’ entraña una opción fundamental ante la realidad como tal; **no significa afirmar esto o aquello, sino una forma primaria de situarse ante el ser, la existencia, lo propio y todo lo real**. Es una opción por la que lo que no se ve, lo que en modo alguno cae dentro de nuestro campo visual, no se considera como irreal, sino como lo auténticamente real, como lo que sostiene y posibilita toda la realidad restante. Es una opción por la que lo que posibilita toda la realidad otorga también al hombre una existencia auténticamente humana, lo que le hace posible como hombre y como ser humano”¹³.

Dios está, por naturaleza y no sólo por contingencia, más allá de nuestro campo de visión. El Antiguo Testamento insiste en esta afirmación fundamental. Entonces, decir ‘creo’ significa apoyarse en un modo totalmente nuevo de acceso a la realidad. Un acceso que ensancha el “mundo” al cual pertenezco. Decir *creo* es confesar que lo que no podemos ver puede ser real, de hecho, increíblemente real, la realidad que sostiene y hace posible toda otra realidad. Aún más, para la Biblia, esta es la Realidad que permite que las personas puedan llegar a una existencia humana verdadera. Entregándose a esta Realidad se recibe la ‘verdadera realidad’ y, por eso, este proceso implica un verdadero cambio de dirección en nuestras vidas, lo que solemos llamar ‘conversión’. Si simplemente sigo la inercia de mi naturaleza, simplemente me quedaré en lo que veo, en mi campo visual. Una opción más profunda, exigirá un ‘cambio de dirección’, una auténtica “conversión”. “La fe es una decisión por la que afirmamos que en lo íntimo de la existencia humana hay un punto que no puede ser sustentado ni sostenido por lo visible y comprensible, sino que linda de tal modo con lo que no se ve, que esto le afecta y aparece como algo necesario para su existencia”¹⁴.

¹¹ *Ibíd.*, 44.

¹² *Ibíd.*, 45.

¹³ *Ibíd.*, 48. La negrilla y el subrayado son míos, no están en el texto original.

¹⁴ *Ibíd.*, 49.

Ahora bien, la fe no es únicamente una fundamentación racional de la existencia de Dios y de la trascendencia del hombre, pues esto mismo es capaz de alcanzarlo, por sí sola, la filosofía, sino que entraña la asunción, de parte del creyente, de una realidad inabarcable que le supera en todo punto y que le ha sido comunicada a través de la Sagrada Escritura. Los hombres de todas partes y de todos los tiempos han buscado formas alternativas de acceder a la realidad, han buscado modos distintos de penetrar cuanto les rodea, al margen de los sentidos, hasta el punto de que llegar a creer en las realidades trascendentes “no significa afirmar esto o aquello, sino una forma primaria de situarse ante el ser, la existencia, lo propio y todo lo real”¹⁵. Esto es fundamental para entender el significado de la afirmación ‘yo creo’. Desde esta postura humana fundamental, Ratzinger infiere qué es la fe:

*Es una decisión por la que afirmamos que, en lo íntimo de la existencia humana, hay un punto que no puede ser sustentado ni sostenido por lo visible y comprensible, sino que linda de tal modo con lo que no se ve, que esto le afecta y aparece como algo necesario para su existencia. (...) La fe siempre tiene algo de ruptura arriesgada y de salto, porque en todo tiempo implica la osadía de ver en lo que no se ve lo auténticamente real, lo auténticamente básico. La fe nunca fue una actitud que, por sí misma, tenga que ver con lo que agrada a la existencia humana. La fe siempre fue una decisión que afectaba a la profundidad de la existencia. Un cambio continuo del ser humano al que sólo se puede llegar mediante una resolución firme*¹⁶.

De todo lo anterior, se comprende que la fe es fuente de sentido para el hombre, alimento y soporte. Si la fe cristiana significa considerar lo invisible más real que lo visible, lo invisible se convierte en el verdadero fundamento de las cosas. Y, por tanto, en la fuerza que orienta al hombre en su devenir, en el ancla que lo asienta firme y confiadamente ante su entorno, ante las cosas y ante la realidad misma. Dicho de otro modo, la fe ‘es otra forma de pan’ —en última instancia más necesaria que el alimento que conserva nuestro organismo—, el sólido cimiento de la existencia humana y, por ello mismo, lo que proporciona al hombre su verdadero sentido. Por eso mismo, la fe equivale a verdad y la verdad es lo único que sostiene y promete con seguridad.

Ratzinger explica que ‘se entra en contacto con la verdad comprendiendo, comprendiendo el sentido al que uno se ha entregado. Y éste es el significado exacto de lo que llamamos comprender: *captar el fundamento sobre el que nos mantenemos como sentido y como verdad; reconocer que el fundamento significa sentido.*

Entonces, la fe es una actitud, una manera de estar frente al mundo y con los demás. En sentido estricto es una conversión. Se pasa de la adoración de lo visible y factible a la confianza en lo invisible. Formalmente, la expresión “yo creo” podría traducirse así: “yo paso a...”; “yo acepto”. La fe no es, pues, como profesión de fe y, por su origen, ni recitar una doctrina, ni aceptar teorías sobre las que no se sabe nada y que, a gritos y de manera desesperada, trata de afirmar su autoridad. La fe es un movimiento de adhesión de toda la existencia humana al sentido más profundo y duradero que me es ofrecido. Precisamente,

¹⁵ Cfr., *Ibíd.* 47.

¹⁶ *Ibíd.*, 48-49.

por esto, la fe cristiana, dice Ratzinger, no es una idea sino vida, y el cristianismo, un camino y no una ideología.

Ahora bien, el punto de arranque del que debe partir todo examen de la experiencia de fe cristiana se halla en primer lugar en los hechos históricos. La fe, a pesar de lo que crean millones de conciencias desinformadas, requiere de razones y pruebas para arraigar y ser tenida en cuenta. Por esto mismo, la figura de Jesús es el hito histórico desde el cual ha de empezarse la búsqueda de los motivos de la fe cristiana, pues, ‘Jesucristo ha explicado a Dios’¹⁷. “Con esto quiero decir que la fe cristiana no trata simplemente –como a primera vista pudiera pensarse– de lo Eterno como lo absolutamente Otro que queda fuera del mundo y del tiempo humano, sino que trata más bien de Dios *en* la historia, de Dios como hombre. La fe pretende ser revelación, ya que parece superar el abismo que yace entre lo eterno y lo temporal, entre lo visible y lo invisible, y porque a Dios nos lo presenta como un hombre, al eterno como temporal, como uno de nosotros. Funda su pretensión de ser revelación en que ha introducido lo eterno en nuestro mundo. (...); apoyándonos en el texto griego, podríamos decir que (Jesús) se ha hecho “exégesis”¹⁸ de Dios”¹⁹.

Los problemas empiezan cuando nos preguntamos por los contenidos de este ‘creo’. Uno puede tener la impresión de que, a pesar, de los esfuerzos por actualizarlos, en realidad son contenidos añejos y pasados de moda. De alguna manera, esto se percibe en ciertos esfuerzos de la teología católica que tratan de explicar el concepto de Tradición. En el fondo, es inevitable enfrentarse con el escándalo cristiano que, para Ratzinger, es precisamente lo positivo del cristianismo. La fe cristiana está centrada en el ‘Dios-de-la-historia y en-la-historia’. En Jesús, el Eterno ha sido introducido en el mundo. Siguiendo el Prólogo del Cuarto Evangelio, Jesús es la exégesis del Padre. A primera vista, este descubrir a Dios en un hombre podría parecer que hace que las cosas sean más simples. “Por eso estamos hoy algo desconcertados ante la revelación cristiana y ante ella nos preguntamos, sobre todo cuando estudiamos la religiosidad de Asia, si no hubiera sido mucho más sencillo creer en lo Eterno y Escondido y fiarse de él a conciencia; si no hubiese sido mejor que Dios nos hubiese dejado en una lejanía infinita; si no hubiese sido más realizable escuchar, separados de lo mundano y en tranquila contemplación, el misterio eternamente incomprensible que entregarnos al positivismo de la fe en una persona y asentar la salvación del hombre y del mundo sobre la cabeza de aguja de un punto casual. A un Dios reducido a un punto, ¿no debemos eliminarlo de una concepción del mundo que ha rebajado al hombre y su historia a un grano insignificante de arena en el todo que el mismo hombre, en los ingenuos años de su infancia, ha considerado como el centro del universo? (...) Sólo cuando exacerbamos así el problema y vemos que tras el escándalo, a primera vista secundario, entre lo “pasado” y lo “actual”, está el escándalo más serio del “positivismo cristiano”, de la “circunscripción” de Dios a un punto

¹⁷ Cfr., *Ibíd.*, 31-32.

¹⁸ Jesús revela de manera plena a Dios, al Padre. Es quien mejor lo interpreta y explica. Esto es fundamental en la fe cristiana.

¹⁹ *Introducción al cristianismo*, o.c., 51.

de la historia, **sólo entonces abordamos la cuestión de la fe cristiana en toda su profundidad, como debe hacerse hoy**"²⁰.

Ratzinger se pregunta si creer en esto es acorde a la integridad intelectual de hoy.

Para poder responder a esto, Ratzinger analiza cómo hemos llegado al concepto hodierno de lo que es 'real', el hecho de que los 'fenómenos' son y nada más. Resumiendo, de manera interpretativa, un pedazo enorme de la historia intelectual, Ratzinger selecciona a Giambattista Vico y a Karl Marx como figuras cruciales en la historia. Para Vico, lo que puede ser conocido es lo que el hombre ha hecho, su propia actuación histórica y sus logros: *verum quia factum* (es verdadero lo que se ha hecho). De hecho, la victoria del historicismo de Vico coincidió en la mitad del siglo XIX con los descubrimientos biológicos de Darwin. El hombre, en un antropocentrismo radical, sólo puede conocer su propio trabajo, sólo puede aceptarse a sí mismo como una mera oportunidad que ocurre, un simple 'hecho'.

Ahora bien, si la significancia de la historia fue demolida por Darwin, ésta regresó por la puerta trasera con Marx. En el marxismo, la verdad está centrada en la acción y en el futuro. Lo que se puede conocer es la transformación revolucionaria del mundo – cuando ésta sucede. En este caso, el axioma es: *verum quia faciendum* (es verdadero lo que se irá haciendo). Esto se volcó hacia la sociología e hizo que las expectativas futuras desafiaran a la teología para entrar en diálogo con ambas corrientes. Ahora, en lugar de presentar a la fe como historia, algo que las personas habían experimentado en el pasado, los teólogos, para estar al día con el pensamiento, cambiaron el lenguaje de la fe como una retórica que hace posible la acción futura. El concepto de 'historia de la salvación' dio paso a teologías políticas y de la liberación. Si bien, ambas traen a colación aspectos importantes de la fe, ninguna la explica de manera adecuada. De hecho, sólo conciben la palabra 'creo' sin lograr revelar su significado profundo. Para llegar a esto, insiste Ratzinger, hay una aproximación bíblica a la realidad que no se asemeja ni a la postura de Vico ni a la de Marx. "No puede negarse que la fe cristiana constituya una doble afrenta a la actitud predominante hoy en el mundo. Como positivismo y fenomenologismo, nos invita a limitarnos a lo "visible", a lo "aparente" en el más amplio sentido de la palabra; nos invita a extender la actitud metódica fundamental, a la que las ciencias naturales deben sus resultados, a la totalidad de nuestra relación con la realidad. (...) **El primado de lo invisible sobre lo visible, del recibir sobre el hacer, discurre en sentido totalmente opuesto a esa situación fundamental**"²¹.

La fe como permanecer y comprender

Para Ratzinger, esta aproximación bíblica se resume en dos términos 'creer' y 'permanecer', en referencia clara al texto de Isaías 7, 9: "*Si no creen en mí, no permanecerán*". "Literalmente, podríamos traducirla así: "Si no creen (si no se apoyan en Yahvé), no tendrán apoyo". Una *única raíz*, 'mn (amén) tiene un cúmulo de significados que se entremezclan y diferencian, y que dan a esta frase la sutil grandiosidad que posee. La raíz 'mn expresa la idea de verdad, solidez, firmeza, suelo, pero también indica confiar, confiarse, abandonarse en algo, creer. La

²⁰ *Ibíd.*, 52-53. La negrilla es mía.

²¹ *Ibíd.*, 67. La negrilla es mía.

fe es como un sujetarse a Dios, en quien el hombre tiene un firme apoyo para toda su vida. La fe se describe, pues, como un agarrarse firmemente, como un permanecer en pie confiadamente sobre el suelo de la palabra de Dios”²².

“La fe se sitúa en un plano completamente distinto del hacer y de la factibilidad; es esencialmente confiarse a lo que no se ha hecho a sí mismo, a lo no factible, a lo que sostiene y posibilita nuestro hacer. (...) El penetrante “quizá” con que la fe cuestiona al hombre de todo tiempo y lugar, no alude a la inseguridad *dentro del* saber factible, sino que es poner en tela de juicio lo absoluto de ese ámbito, es su relativización como *único* plano del ser humano y del ser en general, que sólo puede ser penúltimo. Es decir, nuestras reflexiones nos han llevado a un punto que nos permite afirmar que, ante la realidad, el hombre puede adoptar *dos* actitudes básicas, totalmente distintas, porque se sitúan en planos absolutamente distintos”²³.

A estas alturas, “podemos afirmar que la fe, en el sentido del credo, no es una forma imperfecta de saber, una opinión que el hombre puede o debe remover con el saber factible. Es más bien, y esencialmente, una forma de actitud espiritual, que existe como propia y autónoma junto al saber factible, pero que no se refiere a él ni de él se deduce. Pues la fe no está subordinada ni a lo factible ni a lo hecho, aunque tenga algo que ver con ambos, sino al ámbito de las grandes decisiones a cuya responsabilidad no puede sustraerse el hombre y que, en rigor, sólo se pueden realizar de *una* forma. A esta forma la llamamos fe. Me parece ineludible ver con absoluta claridad cómo cada hombre tiene que tomar postura de algún modo en el terreno de las decisiones fundamentales; y esto sólo puede hacerse en forma de fe. Hay un terreno en el que no cabe otra respuesta que la de la fe, a la que nadie puede sustraerse. Todo ser humano tiene que “creer” de algún modo”²⁴.

Por la fe, sabemos que el significado preciso que da sentido a la experiencia sólo puede ser recibido. Al decir ‘creo’, declaramos que, en este mundo, la recepción del significado es anterior a su hechura por parte del hombre, sin, por esto, negar la creatividad del ser humano. Precisamente por eso, la fe, lejos de llegar a ser irracional, es, más bien, un movimiento hacia el significado y la verdad, hacia el *logos*²⁵. “Esto supone también que la fe no es, en principio y por esencia, un cúmulo de paradojas incomprensibles. (...) La forma con que el hombre entra en contacto con la verdad del ser no es la forma del *saber*, sino la del comprender: comprender el sentido al que uno se ha entregado. Y podemos añadir que sólo en la permanencia es posible la comprensión, no fuera de ella. Una cosa no sucede sin la otra, ya que comprender significa asir y entender el sentido que se ha recibido como fundamento, como sentido. Creo que éste es el significado exacto de lo que llamamos comprender: captar el fundamento sobre el que nos mantenemos como sentido y como verdad; reconocer que el

²² *Ibíd.*, 63.

²³ *Ibíd.*, 64.

²⁴ *Ibíd.*, 65.

²⁵ “Esto no significa que lo que aquí sucede sea ponerse a ojos cerrados en manos de lo irracional. Al contrario, es acercarse al “logos”, a la *ratio*, al sentido y por tanto a la verdad misma, ya que el fundamento en el que se apoya el hombre no puede ni debe ser, a fin de cuentas, más que la verdad”, *ibíd.*, 68.

fundamento significa sentido"²⁶. Por eso, para Ratzinger, la helenización del Evangelio, en la cultura griega, durante los primeros siglos no solamente es legítima sino providencial.

"Creo en ti"

Ahora bien, la palabra 'creo' es una palabra en diálogo, una palabra dirigida a un Tú, una palabra que no se reduce a la individualidad de uno, entre Dios y yo, sino una palabra que lo incorpora a uno en la fe de la Iglesia.

"La fe cristiana es mucho más que una opción a favor del fundamento espiritual del mundo. Su enunciado clave no dice "creo en algo", sino "creo en ti". Es encuentro con el hombre Jesús y en ese encuentro experimenta el sentido del mundo como persona. (...) Es la presencia de lo eterno en este mundo. En su vida, en la entrega sin reservas de su ser a los hombres, se hace presente el sentido del mundo, se nos brinda como amor que también me ama a mí y que hace que valga la pena vivir la vida con el don incomprendible de un amor que no está amenazado por ningún pasado ni por ningún ofuscamiento egoísta. El sentido del mundo es el tú, ese tú que no es un problema que hay que resolver, sino el fundamento de todo; fundamento que no necesita a su vez de ningún otro fundamento.

La fe es, pues, encontrar un tú que me sostiene y que, en medio de todas las carencias y de la última y definitiva carencia que comporta el encuentro humano, regala la promesa de un amor indestructible que no sólo ansía la eternidad, sino que la otorga. La fe cristiana vive de que no existe el puro entendimiento, sino el entendimiento que me conoce y que me ama; de que puedo confiarme a él con la seguridad de un niño que en el tú de su madre ve resueltos todos sus problemas. Por eso la fe, la confianza y el amor son, a fin de cuentas, una misma cosa, y todos los contenidos en torno a los cuales gira la fe no son sino aspectos concretos del cambio radical, del "yo creo en ti"²⁷, del descubrimiento de Dios en el rostro del hombre Jesús de Nazaret"²⁸

Es la forma propia de la fe la Iglesia a la que el candidato entra por el bautismo. La fórmula trinitaria del Credo corresponde a la triple renunciación: al mundo, a la carne y al diablo. Por eso, la doctrina es inseparable de la conversión personal que abarca a todo el ser. De esta manera, el diálogo 'Yo-Tú' lleva naturalmente al 'Nosotros' de todos los que creemos en lo mismo.

²⁶ *Ibíd.*, 69.

²⁷ Para Joseph Ratzinger, tener fe significa creer en alguien, no en algo, supone el encuentro con Jesucristo. Sólo desde el encuentro personal con Jesucristo se entiende el *permanecer* como rasgo constitutivo y primario de la fe que, a su vez, revela y proporciona la luz profunda que nos permite *comprender* a Dios, al mundo y al propio hombre. Esta fe en Jesucristo que es el lugar desde el que nos situamos (*permanecer*) y desde el que comprendemos la realidad es inseparable de la vida y de su dinamismo, JOSÉ E. PÉREZ ASENSI, *Ética de la fe en la obra de Joseph Ratzinger*, Valencia, 2005, 143.

²⁸ *Ibíd.*, 71.